

# NEW LEFT REVIEW 107

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2017

## EDITORIAL

DANIEL FINN Las cloacas de Erdoğan 7

## ARTÍCULOS

CENGIZ GUNES La nueva izquierda de Turquía 13

RÉGIS DEBRAY Civilización, una gramática 37

## MEMORIAS

ROBERTO SCHWARZ Antonio Candido, 1918-2017 51

CHARNVIT KASETSIRI Ben Anderson, 1936-2015 61

## ARTÍCULOS

LEONARDO IMPETT Y FRANCO MORETTI *Totentanz* 73

REBECCA LOSSIN Contra la biblioteca universal 105

## CRÍTICA

THOMAS MEANEY Miedo a una Europa latina 123

DAVID BRODER *Ex oriente lux* 139

ESTHER LESLIE El gabinete de Kracauer 159

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

DANIEL FINN

## *Editorial*

# LAS CLOACAS DE ERDOĞAN

**P**ARA LOS GUARDIANES de la sabiduría convencional en Occidente, el ascenso del Partido de la Justicia y el Desarrollo [*Adalet ve Kalkınma Partisi*, AKP] en Turquía fue una de las grandes historias triunfales de nuestra época. Obama situó a su líder Erdoğan entre sus cinco amigos más fiables en el escenario mundial; David Cameron prometió ser el «mejor defensor posible» de Ankara en la UE; el *Financial Times* habló con entusiasmo de la «revolución constitucional» del AKP y su historial de «buen gobierno y fuerte crecimiento», mientras que *The New York Times* saludó la aparición de una «democracia vibrante y competitiva», que era «un ejemplo constructivo para todo el Oriente Próximo musulmán»<sup>1</sup>. La Unión Europea le dio su aprobación abriendo formalmente conversaciones de adhesión con Ankara, a pesar de la presencia de 30.000 soldados turcos en el territorio de uno de sus propios Estados miembros, Chipre. El «modelo turco», que supuestamente fusionaba la piedad islámica con la adhesión a las normas democráticas, alcanzó su apoteosis después de las rebeliones árabes de 2011, cuando los partidos islamistas en Egipto y Túnez se comprometieron a seguir el ejemplo del AKP, y Erdoğan reclamó el derecho a determinar el destino de sus vecinos.

El hedor de la tiranía que emana del suelo turco es ahora tan abrumador que incluso los comentaristas más aduladores se han visto obligados

---

<sup>1</sup> *Financial Times*, 21 de marzo de 2008, 28 de julio de 2008; *The New York Times*, 8 de junio de 2010, 28 de enero de 2004.

a murmurar su desaprobación y deplorar la supuesta regresión del AKP con respecto a sus estándares anteriormente exaltados. En realidad, nunca hubo una época dorada de liberalización bajo Erdoğan. Las alabanzas que han llovido sobre él desde las elites occidentales como «moderado» y «reformador» estuvieron motivadas sobre todo por la política exterior firmemente proestadunides del AKP y su predisposición a mantener buenas relaciones con Israel (los mismos criterios que hacen merecer al régimen saudí sus absurdos aplausos como fuerza moderadora en la región). También les sirvió a los islamistas favoritos de la OTAN su asunción entusiasta de la agenda neoliberal, que supuso la privatización de los bienes públicos que pasaron a manos de compinches del AKP, entre ellos algunos parientes cercanos de Erdoğan. La actitud del AKP hacia la democracia fue puramente instrumental: dentro del partido, Erdoğan gobernaba sin restricciones y el único aleteo de pensamiento independiente por parte de sus parlamentarios —un voto contra la connivencia con la invasión estadounidense de Iraq en 2003— fue brutalmente castigado por los responsables del partido. Sobre los tabúes clave del nacionalismo turco pasado y presente —el genocidio armenio y la opresión de los kurdos—, el AKP no tenía la menor intención de aflojar los grilletes. Los liberales turcos esperaban que el gobierno de Erdoğan recortara las alas al ejército, pero las purgas del cuerpo de oficiales tenían la intención de asegurar su control sobre el poder, no establecer la supremacía civil. Los periodistas críticos descubrieron rápidamente los límites del muy alabado «liberalismo islámico» del AKP.

Como cabía esperar, tan pronto como Erdoğan tuvo que hacer frente a un serio desafío a su gobierno, como sucedió con las protestas de Gezi de 2013, la respuesta fue una brutal represión. Esto coincidió con una ruptura de la alianza entre el AKP y la red religiosa de Fethullah Gülen, cuyos seguidores se convirtieron entonces en blancos que había que abatir, después de haber proporcionado durante mucho tiempo un apoyo esencial a la toma del poder por Erdoğan. Amenazado en el frente interno, y con sus ambiciones regionales resentidas cuando Morsi fue derrocado en El Cairo mientras Assad rechazaba el desafío de los grupos rebeldes respaldados por Turquía, Erdoğan siguió adelante con su plan de establecer una presidencia ejecutiva abrumadora, moldeada a su propia imagen. Pero ese proyecto se vio inicialmente frustrado, para su irritación, por la aparición de una nueva fuerza electoral, el Partido Demócrata de los Pueblos [*Halkların Demokratik Partisi*, HDP], con el que renacía en la política turca una corriente de izquierda considerada

extinta, que extraía sus fuerzas principalmente de una población kurda, cuyas esperanzas de una reforma democrática habían sido totalmente traicionadas por el AKP.

En el panorama de las nuevas fuerzas de izquierda en el Viejo Mundo, el HDP constituye un caso a la vez distinto y común a los desarrollos progresistas dentro de las fronteras de la Unión Europea. En junio de 2015, el partido —entonces con solo tres años de vida— logró el voto más alto jamás conseguido por la izquierda en Turquía, que al impedir al AKP la mayoría absoluta en el Parlamento frustró las ambiciones autocráticas de Erdoğan, cuya venganza no tardó en llegar. Cientos de miembros del HDP han sido arrestados desde entonces y sus líderes encarcelados en las mazmorras turcas. Mientras tanto, los guerrilleros del Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK) han reanudado sus acciones después de sufrir una intensa presión militar del Estado turco. El segundo ejército en tamaño de la OTAN ha realizado sangrientas carnicerías en las regiones de mayoría kurda del sureste del país, reduciendo ciudades enteras a escombros y matando a cientos de civiles, sin protestas por parte de los aliados occidentales de Ankara.

El HDP puede compararse con formaciones como Syriza, Podemos y La France Insoumise, pero se ha enfrentado a un contexto político completamente diferente, viendo amenazada su propia existencia por un régimen brutal y reaccionario. Sus verdaderos homólogos son los partidos de izquierda o nacionalistas, que han luchado por salir de la sombra de una insurgencia armada en un Estado que permite las elecciones, pero tiene una larga historia de represión (en particular, de las minorías nacionales o étnicas). En Irlanda del Norte, el Sinn Féin afrontó múltiples restricciones a su actividad, pero eludió una prohibición total y un acuerdo de paz en la década de 1990 le permitió una actividad legal a partir de entonces sin temor a la proscripción. Su aliado vasco Herri Batasuna fue ilegalizado por los tribunales españoles cuando el gobierno de Madrid rechazó el intento de ETA de llegar a un acuerdo parecido al irlandés; más recientemente, tras la declaración de un alto el fuego permanente, EH Bildu ha superado estas barreras legales y ha vuelto a alzar la bandera *abertzale*.

Pero la escala e intensidad de la represión en Turquía han sido siempre mucho más feroces, y el equivalente más realista y deprimente para el HDP puede ser la Unión Patriótica (UP) de Colombia. Ambos partidos

contaban con la aprobación de movimientos guerrilleros prohibidos por el Estado –PKK, FARC–, pero también con el apoyo de una franja mucho más amplia de activistas, ajenos a la insurgencia, que vieron en ellos una oportunidad para un cambio fundamental y duradero; ambos cobraron impulso cuando parecía estar al alcance de la mano la resolución pacífica de un largo conflicto; y ambos se encontraron varados en tierra de nadie cuando poderosos intereses creados dictaron el regreso a la guerra. La UP fue aniquilada por escuadrones de la muerte patrocinados por el Estado a instancias de la oligarquía colombiana, con la aprobación silenciosa de Washington. La situación en Turquía aún no ha llegado a un punto tan tétrico, pero desde 2015 ha ido ensombreciéndose. El ataque de Erdoğan comenzó inmediatamente después de las elecciones de junio de 2015; un intento chapucero de golpe de Estado el verano siguiente proporcionó el pretexto para una represión intensificada. Los detalles de ese *putsch* abortado siguen envueltos en la oscuridad; su torpe ejecución sugería una maniobra apresurada de los enemigos residuales del AKP en el aparato estatal antes de ser eliminados definitivamente. Lo que no está en cuestión es la forma en que Erdoğan ha aprovechado la oportunidad para aplastar la disidencia. Más de 250.000 personas han perdido sus empleos; más de 50.000 han sido encarceladas; periodistas y académicos han sido enviados a la cárcel por cuestionar la guerra del gobierno en el sureste; las fuerzas de seguridad del Estado acostumbran a torturar a sus prisioneros, obligando incluso a *The Economist* a mostrar su desazón ante la brutalidad de Erdoğan. Esta presión desde arriba para erradicar la disidencia se ve reforzada por la movilización agresiva de la base de masas del AKP en apoyo a las ambiciones de su líder.

La evidencia del despotismo del AKP es evidente para todos, pero los gobiernos occidentales han mirado sin vacilar hacia otro lado. Para la UE, Erdoğan está realizando un servicio inestimable desplegando su aparato represivo para sofocar el flujo de refugiados desde Oriente Próximo y aceptando los que Europa deporta, realojándolos en un sistema de campos donde el abuso es rutinario. Para la OTAN, las consideraciones estratégicas superan cualquier escrúpulo acerca de la democracia; como dijo el ex secretario general de la Alianza, Anders Fogh Rasmussen, «necesitamos a Turquía tanto como Turquía nos necesita a nosotros». Al definir al PKK como una organización «terrorista», Estados Unidos y la UE han brindado cobertura para la negativa de Ankara a reconocer la existencia de una nación kurda dentro de la República Turca y la legitimidad de sus demandas de libertad política. Las conversaciones sobre la

entrada de Turquía en la UE todavía no se han interrumpido. El principal negociador de Erdoğan ha señalado recientemente a Gran Bretaña como «un verdadero aliado, un modelo a seguir», por su enfoque comprensivo. La policía española ha detenido incluso a periodistas nacidos en Turquía con órdenes falsas, emitidas por las autoridades de Ankara como parte de su guerra contra la disidencia. Independientemente de que el HDP pueda o no sobrevivir en esas condiciones, sus esfuerzos hasta la fecha han puesto de manifiesto la vacuidad de la afirmación del AKP de haber representado alguna vez una fuerza genuinamente liberalizadora en la sociedad turca y han dejado al descubierto a los apologistas occidentales de Erdoğan.